

mi amigo  
SAM

-Oscar Navas-



Nadie quiere vivir en un  
lugar en el que ha muerto  
alguien...



Título: Mi amigo Sam

Ilustración de portada © Mónica Torralba, 2021

[https://www.instagram.com/moni\\_torralba](https://www.instagram.com/moni_torralba)

Corrección ortotipográfica y de estilo: Sara Matamoros H.

© Óscar Navas, 2021

<http://www.oscarnavas.com>



Esta obra está licenciada bajo la Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional. Para ver una copia de esta licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es> o envíe una carta a Creative Commons, PO Box 1866, Mountain View, CA 94042, USA.

Hola,

Esta es la lectura que te propongo este año para el #AllHallowsRead

¿Cómo? ¿Que no sabes en qué consiste el All Hallow's Read?

El [All Hallow's Read](#) es una celebración de Halloween creada por uno de mis escritores favoritos, [Neil Gaiman](#). Consiste simplemente en que, durante la semana de Halloween o en la propia noche, le ofrezcas a alguien una lectura de terror. Él mismo te lo cuenta en este [vídeo](#).

Desde el 2019 he colaborado en esta tradición de hacer accesible una historia de miedo. Si quieres encontrar las anteriores, puedes buscarlas en [Lektu](#), junto a muchas otras.

Y si te ha gustado esta, te agradecería que me lo comentaras en las redes sociales, [los comentarios de Lektu](#) o en [la ficha de GoodReads de este relato](#).

Muchas gracias y espero que disfrutes con la lectura...



Mamá y yo acabábamos de mudarnos otra vez. Nuestra nueva casa era un lugar tranquilo, mucho más que el piso de Bloomsbury que ocupábamos y en el que habíamos estado viviendo los últimos meses. Tuvimos que irnos porque el casero encontró a mamá una noche, por sorpresa, y nos echó de la peor forma imaginable. No nos dio tiempo ni a recoger nuestras cosas, aunque no las necesitáramos. Estamos acostumbrados a viajar sin equipaje.

Tras vagar por muchas casas que no resultaron adecuadas, llegamos a Painswick. Aquel era un pueblecito pequeño, alejado de la gran ciudad y de todo el ruido que la envolvía. Nuestro nuevo hogar era un caserón algo retirado del pueblo y que había sido durante mucho tiempo la residencia de un escritor del siglo XIX. Acabó sus días suicidándose allí mismo. A mamá siempre le habían atraído las vidas de la gente atormentada, y pensó que sería un buen lugar en el que pasar desapercibidos. Nadie quiere vivir en un sitio donde ha muerto una persona, y menos de esa forma: hay gente que suele creer en cosas muy fantasiosas, como que el alma del fallecido se queda en aquella casa para siempre y aparece de noche para dejar un mensaje a los nuevos inquilinos.

Nosotros llevábamos dos semanas instalados y allí, por suerte, no había aparecido nadie que viniera a molestarnos. Aunque se hubiera manifestado, tendría que haber puesto mucho empeño en echarnos porque no hubiéramos abandonado la casa tan fácilmente. Mamá tenía bien claro que nos quedaríamos allí y me había recalado que, si no queríamos ser descubiertos, no debíamos llamar la atención de los vecinos ni cruzar el umbral de la puerta por ningún motivo. Aunque éramos capaces de sobrevivir con muy pocas cosas, aquel caserón disponía de lo necesario para vivir cómodamente: tenía más habitaciones de las que habría soñado recorrer, decoradas con muebles de época que acumulaban un dedo de polvo, y en la parte trasera había un jardín con huerto y un patio donde poder jugar y distraernos. La verdad es que había sido toda una suerte que hubiéramos dado con una vivienda como esa y, después de haberla pisado, ni yo mismo estaba dispuesto a tener que dejarla a cualquier precio.

La novedad de aquella casa duró poco más de un mes. Luego, el aburrimiento me acabó ahogando. Me cansé de corretear por los mismos pasillos una y otra vez, de cantar las mismas canciones y de jugar con los pocos juguetes que alguien había dejado en la casona, muchos años atrás. Ni siquiera asomarme a las ventanas tras las cortinas, para no levantar

sospechas en los vecinos, me entretenía lo suficiente: en un pueblo tan pequeño y en pleno invierno, algo alejados del resto de casas, la imagen que se contemplaba desde ellas era siempre la misma, con el único aliciente de si ese día resplandecía el sol, amanecía oculto por las nubes, llovía o nevaba. Aquello era un poco desesperante, y temí que tendría que pasarme una eternidad repitiendo constantemente esas mismas cosas. Por suerte, Medianoche apareció un día para animar un poco las jornadas en aquel caserón soporífero.

Yo no me había percatado de su presencia. Estaba dibujando círculos en el polvo que se había asentado sobre una mesa cuando percibí un sonido a mis espaldas. Algo se había colado por la ventana entreabierta. No pude ver de qué se trataba, pero estaba convencido de que no me encontraba solo en aquella habitación. Entonces, me fijé en un extraño rastro en el suelo y lo seguí hasta localizar unos ojos verdes que no apartaban su mirada de mí. Un gatito completamente negro se había escondido tras una lámpara de pie que había en el rincón de mi cuarto. Era tan bonito... Y tan oscuro... Por eso decidí llamarle Medianoche: su pelo era aún más negro que el cielo de la noche menos estrellada.

Las visitas de Medianoche eran de lo más fortuitas y volubles; había días en que el gatito acudía ya de buena mañana y otros que no aparecía. A veces, al atravesar la ventana por la que siempre se colaba y ver que le había sorprendido, huía despavorido. En otras ocasiones, mi presencia no le importunaba y, tras soltar un par de maullidos, se atrevía a avanzar hacia mí y dar vueltas a mi alrededor, con la curiosidad innata de esos animales. Aunque al principio fue algo complicado, acabamos haciendo buenas migas. Conseguí fabricar un juguete anudando un trapo que hacía las delicias de Medianoche. Se pasaba las horas mordisqueándolo y sacando las uñas cuando pretendía quitárselo. Al vernos jugar, mamá decía que, si pudiera hacerlo, aquella bestia me arrancaría el dedo sin pensarlo. Yo sabía que esa bola peluda sería incapaz de eso, y que tras esos zarpazos se escondía una muestra de cariño que difícilmente pueden comprender algunas personas.

A pesar de las visitas del gatito, pasé un invierno realmente duro. Mamá se distraía investigando la multitud de trastos que había acumulados en el sótano de la casa, confiada en que, aunque me dejara solo, nada malo podía pasarme, y yo no era capaz de encontrar otro divertimento que jugar con Medianoche, si Su Majestad hacía acto de presencia, y sollozar

a oscuras en rincones perdidos de ese caserón que cada vez era más grande, pero también más frío con el paso del tiempo. Yo no quería preocupar a mamá con mis cosas, porque bastante tenía con mantenernos resguardados en aquella casa sin ser descubiertos, y estoy seguro de que nunca supo cómo me sentía.

Por suerte, los días de primavera trajeron nuevos aires a nuestro refugio, y el verano emergió en el campo contagiándonos de sus colores y apartando las tinieblas. Parecía que la luz que se filtraba por las ventanas era capaz de caldear un poco mis ánimos y hacerme recuperar la sonrisa que, en gran medida, se mantenía gracias a las trastadas de Medianoche. Era muy divertido ponerle obstáculos en las repisas y ver cómo encorbaba el cuerpo o se colaba entre los huecos que dejaban los jarrones para llegar a mí y obtener su premio. Cuantas más tazas y objetos de porcelana acumulaba en su camino, más se esmeraba él en sortearlas con una delicadeza que no había visto nunca. Hasta que...

—¡Eo!

El grito hizo que Medianoche se asustara y tiró una torre de tres tazas que le había preparado como desafío. Salió huyendo y le perdí la pista en los pasillos de la casa. Yo miré hacia donde había surgido el grito, al otro lado de la ventana, pero no vi a

nadie. Entonces, cuando pasaron unos segundos, vi una cabeza agazapada que subía y unas manos que se apoyaban en el marco, intentando vislumbrar lo que había en el interior. Era un niño de mi edad.

Me asusté un poco, y me sorprendió que a él no le hubiera pasado lo mismo al verme. No creo que esperara encontrarse a alguien en el interior de una casa como aquella, y menos en el estado en el que se encontraba.

—¿Cómo te llamas? —me atreví a preguntarle.

Él no contestó. Se quedó un rato mirando y poco después empezó a dibujar algo en la suciedad de las ventanas. Luego desapareció por un instante, para volver a aparecer rápidamente.

—¡Adiós! —gritó de nuevo.

Y justo en ese momento, lanzó una piedra que rompió uno de los cristales de la cuadrícula de la ventana para desaparecer a la carrera. No me dio tiempo a preguntarle por qué lo había hecho. Mamá apareció de la nada, hecha una furia. Vio las tazas rotas en el suelo pero, por suerte, no llegó a ver el cristal roto en mil pedazos. Se agachó a mi altura y me apuntó con el dedo en la nariz. Me dijo que por mi culpa nos descubrirían, que era muy difícil hoy en día encontrar casas vacías y que, si

tuviéramos que dejar aquel caserón, acabaríamos en algún granero abandonado y lleno de pulgas.

Yo no quise discutir con ella. No me atreví a comentarle que el estruendo lo había provocado un niño rompiendo el cristal de la ventana porque, si se hubiera enterado de eso, su enfado habría sido aún mayor: saber que alguien me había estado observando por la ventana me habría metido en un lío todavía peor que la tormenta que estaba descargando en esos momentos. Me limité a quedarme callado hasta que mamá acabó dejándome solo otra vez. Yo me acerqué a la ventana e intenté vislumbrar al verdadero causante de aquella bronca, pero no conseguí ver nada más allá del camino que llevaba a nuestra casa y las de los vecinos cercanos. Entonces me fijé en los cristales divididos por el parteluz que no habían recibido la pedrada. Tres de ellos, sucios por el polvo del camino que se levantaba por las tardes, tenían una letra escrita en su superficie. Al leerlas al revés, formaban un nombre: Sam.

Intenté olvidarme del incidente durante los siguientes días, pero había algo que no dejaba de rondarme la cabeza. Mamá tenía razón. Con todas las precauciones que tomábamos para no ser descubiertos, que ese niño me hubiera visto nos podría meter en un apuro muy serio, hasta el punto de tener que

dejar ese caserón. Si eso sucedía, iba a echar de menos muchas cosas de ese nuevo hogar y, entre otras, a Medianoche. Mamá no consentiría que nos lo lleváramos con nosotros en esa vida de trotamundos que teníamos. Después del susto, mi amigo peludo tardó en volver a aparecer. Por suerte, cuando lo hizo, continuó siendo tan travieso y temerario como siempre. Me habría entristecido si no hubiera sido así. Pero, de nuevo...

—¡Buh!

Aquella tarde, al entrar a mi cuarto, me encontré otra vez a ese niño. En esta ocasión, había conseguido abrir la ventana. Imaginé que lo había hecho introduciendo su brazo por el cristal que había roto unos días atrás para abrirla desde fuera

—¡Chico! ¡Pensaba que aquí no vivía nadie! —dijo, mientras se paseaba por mi habitación como si fuera suya, tocando las cosas que había en los muebles y riendo.

—Ahora vivimos nosotros —le respondí.

—Pues mira que es difícil que alguien quiera venir a vivir a un pueblo como este. Es de lo más aburrido. ¡Nunca pasa nada!

No paraba de dar vueltas a la habitación, tocando cosas aquí y allá, girando sobre sí mismo como si estuviera dando pasos de *ballet*. Encontró una caja de ceras de colores en la mesa y, al instante, se dirigió a la pared más cercana.

—¿¡Qué haces!?! —grité.

—Pintar.

—¡Deja de hacerlo! ¡No es tuyo! ¡No es tu casa! — insistí.

Él siguió dibujando muñecotes, sin que mis palabras le afectaran lo más mínimo. Entonces me di cuenta de que lo que le había dicho no tenía sentido. Porque aquella tampoco era mi casa en realidad. Era solo un techo que estaría allí hasta que nos pillaran. Siempre sucedía lo mismo. ¿Cómo pretendía reprocharle a ese niño algo de lo que yo también me estaba aprovechando? Ni siquiera tuve el coraje de reprenderle por el estropicio de la ventana. Tampoco podía delatarle ante mamá. Si supiera que ese niño se había tomado esas licencias, nos iríamos aquella misma noche de allí. Y yo no quería.

Hacía siglos que no podía hablar con otro niño, así que, resignado a no poder hacer nada para impedir que mi invitado hiciera lo que quisiera, me interesé por saber quién era. Me contó que sus padres se habían divorciado y que él estaba pasando el verano con sus abuelos, en la finca que había cruzando el puente. Y que, sin sus amigos y las comodidades de la ciudad, se aburría tanto como yo. Eso fue lo que más me unió a Sam: el ver que los dos nos encontrábamos en una situación parecida, aislados de

todo lo que nos había gustado. Me dijo que debíamos ser los únicos niños que íbamos a estar en el pueblo ese verano. Los dos únicos imbéciles, según él. Y yo, aunque no compartiera ese lenguaje, estaba con él.

—Bueno, tengo que irme —dijo, soltando los colores—. Mis abuelos me estarán esperando para la cena.

Yo medité durante un instante lo que iba a proponerle, pero me decidí a hacerlo sabiendo que no tenía nada que perder. No quería estar solo. El silencio era una enfermedad muy contagiosa en aquella casa y, que Sam lo rompiera, me gustaba...

—Oye, ¿por qué no vuelves mañana? Podríamos jugar con unas figuras que encontré en uno de los baúles.

Sam me miró con cierta superioridad.

—Pensaba hacerlo, chaval —respondió.

Y, con la misma determinación, se esfumó colándose por la ventana.

Mamá apareció más tarde y encontró la habitación pintarrajeada por todas partes con muñecos con capa y monstruos peludos. Las estuvo observando durante un buen rato sin decirme nada. Yo tenía miedo a su reacción porque no podría contarle la verdad sin que eso tuviera sus consecuencias.

—Está bien, jovencito... Si es así como quieres tener tu cuarto, no voy a hacer nada al respecto —me dijo, quitando importancia al asunto—. Mientras esta casa nos mantenga escondidos, lo que hagas en las paredes me da igual.

Desde aquella tarde, Sam se convirtió en mi nuevo amigo. Acudía por las tardes, después de comer, porque por las mañanas le obligaban a hacer los trabajos de recuperación de la escuela. Aunque no me daba muchos más detalles, estaba claro que lo suyo no eran los estudios. Sam tenía un carácter muy especial. Siempre quería hacer cosas y no le gustaba hablar mucho de su familia. Era algo arisco y escueto en palabras, pero cuando se desataba era un torbellino de energía imparable. Le gustaba capturar bichos vivos para lanzarlos contra las telarañas y así ver cómo las anfitrionas acababan con las presas. Llevaba siempre un mechero encima que nunca supe de dónde había sacado, y no perdía la ocasión de prender cualquier cosa para chamuscarla. Me contó que, una vez, capturó una rana, le colocó en la boca un cigarrillo robado a su abuelo y se lo encendió. Me dijo que el animal no podía quitárselo de entre los labios y acabó explotando por el humo acumulado en sus pulmones. Que, al hacerlo, la humareda escapaba por todos los poros de su piel.

Aquella visión espantosa me desconcertaba, pero lo cierto es que echaba de menos tener un amigo y nos lo pasábamos muy bien. Incluso cuando subíamos al tejado y lanzábamos aviones de papel hacia el patio, algunos con cierta avería que provocaba que volaran en llamas durante unos segundos antes de estrellarse contra el suelo. Siempre rondaba algo temerario estando con él, pero, a pesar de que fuera un niño un poco extraño, agradecí tener al fin a alguien con quien jugar, aunque a Medianoche no le gustara su presencia y desapareciera en cuanto le veía llegar. Mamá ni siquiera se presentaba cuando Sam venía a jugar, así que, para ella, no existía. Solo veía el rastro que dejaba: nuevos dibujos en las paredes, trastos rotos y hojas de papel a medio quemar.

—Jovencito, si provocas un incendio nos vas a meter en un buen apuro —me recriminó.

Y yo volví a ocultar la existencia de Sam y acabé convenciendo a mi amigo de que era mejor que renunciáramos al fuego en nuestros juegos. Me sorprendió que aceptara mi sugerencia de forma tan pacífica. Así que una tarde, pusimos a llenar la bañera de agua para poder jugar con unos muñecos que sumergíamos en tarros de cristal, como si viajaran en un submarino. Pero cuando llegó el momento de cerrar la llave, no

hubo manera. El agua empezó a rebasar el borde de la bañera y a anegar el suelo del baño. Luego a filtrarse por debajo de la puerta para avanzar por el hueco de la escalera.

—¡Ayúdame, Sam! —le grité una y otra vez.

Pero él solo reía cada vez con una carcajada más alocada, como si su diversión se alimentara de mi angustia. Entonces me enseñó la llave de paso partida entre sus manos. La había roto con varias patadas mientras yo había bajado a por un tarro a la cocina. En cuanto vio mi cara de sorpresa me clavó su mirada.

—Tú a mí no me mandas... —sentenció.

Y salió corriendo escaleras abajo para esfumarse. Casi al instante, mamá apareció como por arte de magia y consiguió cerrar el escape.

—¿¡Es que estás loco!? ¿¡Te imaginas lo que habría tardado el pueblo entero en presentarse aquí si ven que el camino se llena del agua que sale de una casa abandonada?

—Es que...

—¡Estoy harta! ¡Cansada de tus jueguecitos!

—¡No he sí...!

—¡No me interrumpas, jovencito! ¡Sé que es duro cambiar de casa tan a menudo! ¡Por eso quiero que nos quedemos aquí para siempre! ¡Pero tú no lo estás haciendo fácil!

—¡Ha sido Sam! ¡No he sido yo! ¡Ha sido otro niño!

—¡No intentes engañarme, Arthur! ¡Me he dado cuenta de todas tus gamberradas! ¡Si no quieres vivir en esta casa, nos iremos! ¡Pero, que tengas un amigo invisible no te hace menos culpable de este desaguizado!

—¡Pero, mamá...!

—¡Ya hemos tenido suficiente charla por hoy! Recoge todo esto y que no se vuelva a repetir, o te aseguro que nos iremos a una cabaña en mitad del bosque.

Mamá no me creyó, por mucho empeño que puse en demostrarle que se equivocaba. Estaba convencida de que me lo había inventado todo y que había sido yo el causante de ese y el resto de incidentes. Me hubiera gustado tener un móvil como los que tienen los chicos de mi edad para poder demostrarle que Sam existía y que era el causante de todo aquello, que no era una invención de mi mente, que Sam era real. Pero lo único que conseguí fue sembrar en mamá la duda de si yo no estaría sufriendo algún tipo de alucinación.

Estaba muy decepcionado tanto con Sam como con mamá. Él me había traicionado, y ella me tomaba por un chiflado. No le faltaban motivos para creerlo, pues desde que Sam había entrado en mi vida se había encargado de alimentar

sus sospechas con pruebas tangibles. Convencerla de que no era obra mía fue imposible: mamá creía que me escudaba en un amigo inexistente y que en realidad me dedicaba a expresar mi rabia haciendo todas esas cosas. Y pensar que mi propia madre creía que yo estaba delirando era bastante triste. Parecía que solo Medianoche llegaba a entender cómo me sentía. Muchos días venía a visitarme y se sentaba en mi regazo y ronroneaba. Y yo únicamente necesitaba ese bálsamo.

Pero Sam volvió a aparecer una tarde más.

—¿Estás enfadado? —dijo desde la ventana.

—Sí.

—¡Anda ya! ¡No hay para tanto!

—Si tú lo dices...

—Mira lo que tengo —comentó, levantando un saco que no parecía vacío.

—No me interesa...

—¡Claro que te interesa! —replicó.

—Te aseguro que no. Además, ya no somos amigos.

—Bueno, pues lo haré yo solo...

—Muy bien.

—Espero que no le echas mucho de menos —sentenció.

Y al soltar esas palabras, se dio media vuelta y corrió hacia el bosquecillo que había junto a la casa.

De pronto, un mal presentimiento me asaltó y enseguida recaí en que Medianoche no había acudido a visitarme ese día. Noté un relámpago recorriéndome. Conociendo el carácter vengativo de Sam, estaba convencido de que en ese saco llevaba a mi gato amigo y que nada bueno le esperaba.

Corrí hacia la puerta, y justo cuando iba a abrirla, recordé que no debía cruzar ese umbral por ningún motivo si no quería arruinar nuestro futuro en ese caserón. Pero aquella no era una situación cualquiera. Era Medianoche, el único que parecía entenderme en aquella casa, si es que alguien podía llegar a entender la soledad que puede sentir el fantasma de un niño. Porque eso era... Desde que el casero de Bloomsbury contrató a aquella curandera jamaicana para hacer el ritual que nos echó del piso, mamá y yo solo éramos un par de espíritus en busca de un lugar en el que descansar. Y allí habíamos conseguido encontrar un sitio al que llamar hogar, libres de las miradas de los fisgones, pero también solos y aislados, inmersos en una oscuridad eterna para no ser delatados por la luz y sin abandonar las paredes que nos escondían. Hasta ese momento, en que me veía en la necesidad de saltar al vacío y correr bosque a través

para encontrar al que había provocado mi supuesta locura y rescatar a mi verdadero amigo.

Me interné en la arboleda como un suspiro y recorrí cada rincón hasta dar con Sam. Le encontré en un pequeño claro donde había soltado el saco. Justo al llegar, le estaba rociando con el contenido de una botella que parecía alcohol.

—¡Para! —grité con todas mis fuerzas.

—¡Ah! Mirad quién se ha unido a la fiesta —replicó—. Ya sabía yo que no te querrías perder algo así. ¡Va a ser la mar de divertido!

—¡Suelta a Medianoche ahora mismo!

—Enseguida. En cuanto encienda esto... Verás como corre...

Me mostró el mechero con una sonrisa burlona. Yo estaba congelado por la situación, sin saber cómo hacer frente a la amenaza de aquel niño que había vuelto mi mundo del revés. Sam encendió el mechero.

—¡Uh! ¡Mira lo que tengo para tu amiguito!

Y en ese momento se giró hacia el saco para acercarle la llama. Yo grité con rabia y me abalancé sobre él con toda la ira del que quiere impedir que acaben con un compañero como Medianoche. Quería ser un martillo que golpeará los huesos de

ese niño hasta hacerlos polvo, convertirme en un glaciar que petrificara sus músculos hasta el punto de resquebrajarlos. Y puede que mi mente, esa que mamá creyó que me fallaba, lo consiguiera, porque al rodearle con mis brazos, el chico se quedó paralizado, como si el frío de la muerte se hubiera propagado por su cuerpo y le hubiera asaltado el corazón. Los dos caímos como losas sobre el suelo, pero él se llevó la peor parte. Se quedó inmóvil mientras yo me incorporaba para abrir el saco y sacar a Medianoche de allí. Al pobre gatito le latía el corazón a toda velocidad.

Luego vi palidecer a Sam, hasta que, un momento después, percibí que la vida se le había escapado en un último aliento.

—¡Jo! ¡Qué fastidio! —exclamó, junto a mí, contemplando su antiguo cuerpo.

—No lo es tanto... Te acostumbrarás a esto. Además, ahora sí podremos ser buenos amigos.



